



## El arte de la coordinación: Funcionalidad y estilo en la prosa teresiana

Patrizia Di Patre  
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

### RESUMEN:

En el presente estudio puede verse cómo el bloque lingüístico aprontado por Teresa de Ávila se deja estructurar en términos de alto rendimiento funcional: un módulo conclusivo con características de cierre «euclidiano»; la explotación máxima de un léxico restringido; la coordinación sintáctica debida a la naturalidad procesual —es decir científica, sin esfuerzos añadidos— de toda alocución teresiana.

**PALABRAS CLAVE:** Teresa de Ávila, mística, siglo de oro español, lengua española, autobiografía.

### ABSTRACT:

This study shows how the linguistic complex brought forward by Teresa of Ávila can be explained in the form of a high functional performance: a conclusive module with an «Euclidean» closing; a highly efficient exploitation of a constrained lexicon, and a syntax, characterized by coordination, that emanates from the natural process (a scientific one, that lacks additional efforts) proper of every Theresian allocution.

**KEY WORDS:** Teresa of Ávila, Spanish Golden Age, Mysticism, Spanish Language, Autobiography.

---

### 0. Consideraciones preliminares

Teresa de Ávila no responde en sus obras a ninguna connotación estilística. Su escritura no puede enmarcarse de ninguna forma porque cada frase construye ascendencias autónomas; o, mejor dicho, el conjunto de sus rasgos define estructuras divergentes. Será mejor entonces, al margen de cualquier interpretación global<sup>1</sup>, dirigirse a desentrañar mecanismos específicos, valiéndose como recurso de la correspondiente susceptibilidad a clasificaciones representativas. En las páginas siguientes procederemos a reseñar elementos dotados de la misma modularidad.

1.—Innumerables, como se sabe, los aportes al tema. Confiamos al listado bibliográfico una muestra representativa de las distintas tendencias.

## I.– Sucesiones supra-acotadas

En la prosa de la autobiografía teresiana impacta un mecanismo de cierre muy peculiar, como de procedimiento científico. A una frase compuesta de elementos<sup>2</sup> breves, acuciantes, nerviosos, se le agrega en función de broche un corolario asertivo donde todo confluye, antecedentes y sobreentendidos, sin ningún nexo aparente.

Veamos un primer ejemplo en el capítulo I de la *Vida*:

Era de gran verdad. Jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera (I, 1).

Notamos cómo los dos miembros iniciales presentan características equivalentes, pero de menor valor que la última, precisamente como en matemática las sucesiones acotadas superiormente. La constatación final resume de esta forma, al mismo tiempo que remata con algo no pasible de incremento, cuanto se había ido afirmando por saltos, en forma discontinua. Se podría hasta decir que la oración conclusiva conjuga, insiemísticamente, las clases representadas por las primeras. Se trata de una operación cuyos signos se sobreentienden por la ineluctabilidad del decurso: no hay necesidad de nexos argumentales, basta una mecánica que será, necesariamente, asindética.

Ejemplar en este contexto la agrupación de tres términos:

Muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente (I,2).

[...] creo jamás va solo al cielo; siempre lleva mucha gente tras sí. Como a buen capitán, le da Dios quien vaya en su compañía (XI, 4).

Crean que es falta. Yo lo he probado y visto. Crean que es imperfección y no andar con libertad de espíritu [...] (XI, 14).

No lleva camino; errado, errado va el camino. Nunca llegaremos allá (XXVII, 13).

[...] que no se maten; siervos sin provecho somos, ¿qué pensamos poder? (XXII, 11).

Gran cosa es un enfermo hallar otro herido de aquel mal. Mucho se consuela de ver que no es solo. Mucho se ayudan a padecer y aun a merecer (XXXIV, 16).

Esporádicamente el orden en cuestión parece mantenerse con independencia de un progreso temático real: «Eran grandísimos los trabajos que pasaba de muchas maneras. Todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces a verme [...]». Tras el armazón no tarda en despuntar sin embargo el elemento empinado, revelador: «que se consolaba en tratar cosas de Dios» (VII, 10). Notable también el gradiente de exclamaciones:

¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! (XX, 28).

Quiere a quien le quiere. Y ¡qué bien querido! Y ¡qué buen amigo! (XXII, 17).

El mismo efecto puede producirse con enunciados llanos:

[...] mas es vuelo deleitoso, es vuelo suave, vuelo sin ruido (XX, 24);

o inclusive con un ritmo mixto, «sincopado»:

2.– Se trata naturalmente de sintagmas.

Quédase sola con Él, ¿qué ha de hacer sino amarle? Ni ve ni oye, si no fuese a fuerza de brazos: poco hay que la agradecer (XIX, 2).

Retornando al fragmento (I,1), podemos ver claramente el paralelismo de las anotaciones iniciales («de gran verdad»; «nadie le vio jurar»), que se encuentran en un plano de igualdad semántica; la sinceridad del referente, unida a su aversión por juramentos y murmuraciones, convergen hacia el resultante de la honestidad. Del mismo modo en el fragmento sucesivo elpreciado entendimiento y los trabajos sostenidos reciben, como coronación y en forma de remate, el sello último de la muerte cristiana.

Veamos también el siguiente trozo ejemplar:

[...] no hace efecto ninguno, acábase presto, deja sequedad (XV, 10),

donde la ausencia de efectos y la brevedad del cuadro encuentran su natural cumplimiento en la aberrante —porque contraria a todo movimiento místico— «sequedad». Otros núcleos pueden presentar leves variaciones:

En querer ésta vanamente tenía extremo. Los medios que eran menester para guardarla, no ponía ninguno. Sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento (II,4).

Notamos aquí una muy clara progresión argumental: se quiere algo bueno con imperfección, o sea «vanamente»; no se adoptan los medios necesarios para conservarlo; todo cuidado estriba en no descuidarse del todo. Este esfuerzo condicionado contempla una escalada en negativo; tanto más emerge el término concluyente, global, de una condición al límite.

Hay series de dos términos que limitan en un espacio reducido:

[...] gánase aquí mucha humildad; tornan de nuevo a crecer las flores (XIV, 9).

No es aceptador de personas: a todos ama (XXVII, 12).

Es esta centella una señal u prenda [...]; es gran don, mucho más de lo que yo podría decir (XV, 5).

[...] solo da unos gemidos no grandes, porque no puede más; sonlo en el sentimiento (XXIX, 12).

Porque la fruta que da de buen ejemplo no es nada sana; poco durará (XXXI, 21).

Paralelamente tenemos series largas, de cinco o más elementos:

[...] tiempo vendrá que se lo pague por junto, No haya miedo que se pierda el trabajo. A buen amo sirve. Mirándole está. No haga caso de malos pensamientos (XI, 10).

[...] paréceme que ella entre sí se consume y hace ceniza y se deshace en lágrimas y se quema; y es harto tormento, aunque es sabroso (XXX, 20).

Hasta llegar al elemento único, funcionalmente autónomo:

[...] perlesía recia y otras enfermedades (VII, 11).

Trae consigo grandes bienes (XXVII, 3).

Y esto es entera verdad (XL, 22).

Hácese con facilidad (XXXVIII, 6).

Lejos está el despeñadero (XXXV, 14).  
Su Majestad sabe la causa (XXXIV, 11).

Muy largo es el listado de tales términos:

No hacía sino llorar (XXVIII, 14).  
Él a reñirme (XXVIII, 17).  
Tomó grande amor conmigo (XXXIV, 3).  
Jamás se descuida de mí (XL, 19).  
Ya se comienza esto a entender (XXXIV, 14).  
Es éste su oficio, el trabajar (XXXIV, 14).  
Muy en breve da a entender quién es (XXVIII, 10).  
Parecíame nuestra Señora muy niña (XXXIII, 15).  
Dejóme consoladísima y con mucha paz (XXXIII, 15).  
Díjesele debajo de confesión (XXXIV, 7).  
De otros le ha de venir la autoridad (XXXVII, 6).  
Es grande la diferencia que hay de unos a otros (XXXVIII, 32).  
Parecíame esta batalla contra los herejes (XL, 14).  
Sé entender que es una gran cosa (X, 3).  
Con regalos grandes castigabais mis grandes delitos (VII, 19).  
De estas simplicidades tenía muchas (IX, 4).

Aun cuando la autora precisa sucesivamente, como en el caso de la luz sobrenatural (XXVIII, 5), al final pone un broche de este tipo:

Esto tengo yo ben experimentado.

Considerando la totalidad de los componentes en la taxonomía descrita, veremos cómo se inscriben indefectiblemente en las categorías preestablecidas. Por ejemplo:

Por un punto de aumento en la fe [...] perdería mil reinos, y con razón. Otro ganar es. Un reino que no se acaba (XXI, 1).  
Muy muchas veces lo he visto por experiencia. Hámele dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar [...] (XXII, 6).

Es evidente la modalidad trinomia, convergente al final, de estos módulos.

La serie puede terminarse por una exclamación o plegaria, en forma de invocación o alabanza:

Hízome gran confusión. Llevóme por medios que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! (XXIII, 15).  
Plega a su Majestad no me torne yo a perder (VIII, 4).  
Él, que puede, lo remedie (XXXIX, 6).  
[...] que no soy yo para más. Todo lo recibe el Señor. Sea bendito por siempre (XXXI, 23).  
[...] que ya tengo visto adónde he de ir a parar. No lo permita el Señor, por quien Su Majestad es, amén (XXXII, 7).

Ponedme Vos el valor, ya que tanto me amáis (XXXIX, 13).

Con todo, el módulo dominante será siempre el condensado conceptual posteriormente imitado, y no en balde, incluso por escritores místicos como P. Pío —en códigos, evidentemente, diversos—. Se confronte el siguiente lapidario aserto, desprovisto del soporte verbal (al igual que en cierto lenguaje periodístico definitivamente cercano al de S. Teresa):

Una risoluzione fermissima di non offendere Iddio, neanche venialmente (P. Pio 423);

declaración recopilativa a la cual seguirán tres efectos en paralelo:

Tali celesti favori hanno prodotto in me, oltre gli effetti propri di ciascun favore, questi tre effetti principali: una ammirabile conoscenza di Dio e della sua incomprendibile grandezza; una grande conoscenza di me stesso e un profondo sentimento di umiltà [...]; ed un gran disprezzo per le cose tutte della terra ed un grande amore a Dio ed alla virtù.

«Las virtudes muy mejoradas», solía decir en este punto santa Teresa. Notemos el desmenuzamiento simétrico y progresivo de los componentes considerados, en el mejor estilo teresiano<sup>3</sup>. El santo de Pietrelcina se encuentra describiendo a los superiores (en esta ocasión al provincial P. Benedetto) justo los efectos místicos más exquisitamente «teresianos»; y aunque su lenguaje será estupendamente personal, y más cercano a un D'Annunzio o, increíblemente, a un Lawrence que a la tradición ascética<sup>4</sup>, el arsenal argumentativo se saca sin lugar a dudas de este patrimonio avilés. Así será en el caso del «pastorcito» curioso (P. Pio, 1973: 462) —calco notable de la visita al gabinete de la duquesa—, o en otros episodios de igual importancia. El hecho de que permanezca algo tan peculiar es señal de un carácter a la vez tópico: ejemplaridad conferida por la repetición. Podemos apreciar por el listado ofrecido anteriormente cuán representativo debió de volverse el estilema considerado.

## II. Cláusulas de transición

Los elementos de cierre van desapareciendo paulatinamente en la obra teresiana. Pero mientras que a lo largo del *Camino* aparecen sembrados con cuidado, en función más bien enfatizante, sería vano buscar ni uno solo en la prosa de las *Moradas*. Dejando a un lado por el momento una adecuada interpretación del fenómeno —cuya exacta ubicación seguirá al relieve de otros factores concomitantes—, nos limitaremos a señalar los módulos del *Camino* alineados a la tipología descrita.

a.- VIII, 3 [...] téngase por imperfecta; crea no está desasida, no está sana, no tendrá libertad de espíritu, no tendrá entera paz; menester ha médico» [progresión implacable, de varios miembros, englobados en el recopilativo final].

3.- Notemos también: «È l'alta notte per l'anima», *ibid.* p. 469; «[...] mi vado aggravando sempre più; il mio stato va addivenendo insostenibile; mi reggo in vita per puro miracolo», etc.: todos en cierre de oración, y a manera de broche.

4.- Como me propongo mostrar próximamente, en un trabajo sobre las metáforas amorosas de P. Pío.

b.– XIV, 1 [...] y adonde hay mucho número de monjas, podráse tolerar; y en tan pocas, no se podrá sufrir [muy calculado, con antítesis refinadamente «guevariana»].

c.– XLI, 1 [...] si gran interés se le ofreciese, no harán de advertencia un pecado venial. Los mortales temen como al fuego [limitante en dos términos].

d.– II, 5 Ello es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí. Es un señorío grande [Confluyente único].

e.– XIV, 4 [...] y así suplico a Dios que siempre os dé en ello luz»; Prólogo, 4 El Señor lo ponga por su mano, come le he suplicado [...]. Amén. XXXVI, 3 [...] qué al revés anda el mundo! Bendito sea el Señor, que nos sacó de él [Conclusiones exclamativas o augurales].

Obviamente el fenómeno no se muestra aquí tan explícito como en la anterior biografía. Los bloques conclusivos, a más de reducirse sensiblemente, están lejos de tener esa contundencia inicial. Hasta registrar su completa desaparición a partir de las *Moradas*. Bajo un escrutinio exhaustivo dicha ausencia aparecerá en su total extensión: el estilo propio de esta obra —muy discursivo, nada epidéctico, alargado en espirales de progreso racional— no admite con toda evidencia el segmento periódicamente terminal.

Queda por determinar la constancia del empleo léxico en las diferentes manifestaciones de la semántica teresiana.

### III.– Apuntes lexicográficos<sup>5</sup>

Empezaremos por examinar primero la pretendida familiaridad del lenguaje teresiano. Ya en los módulos reseñados pudimos constatar la atención previa al proceso escritural, la meditada organización de todos los elementos. Podríamos añadir ahora que, dentro de la mecánica privilegiada en cada caso, se instauran subórdenes expresivos con una funcionalidad no exenta de refinamiento. Tomemos por ejemplo el primer elemento del cuadro:

Era de gran verdad. Jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

La magnitud virtuosa del sujeto, manifestada símilmente en los enunciados laterales, confía su punto de conexión a la apócope adjetival, mas suturada adverbialmente; mientras que el núcleo mediano subraya por exclusión taxativa la universalidad cualitativa declarada. Una simetría tal, insistente en sus variantes bien ponderadas, no puede producirse fortuitamente. Como prueba de ello, consideremos el enunciado inmediatamente sucesivo:

Muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente (I,2).

Adverbio prolusivo puntualmente replicado al final, variación adjetival en el centro, ulterior arreglo atributivo del «entendimiento» (definido «harto» para evitar la repetición). Y así en todos los núcleos: «Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en

5.– Con vistas al apuntamiento de un thesaurus representativo del léxico teresiano.

vano!»; frase que nos remite a una anáfora sapientemente empleada: «Quiere a quien le quiere. Y ¡qué bien querido! Y ¡qué buen amigo!», en unión con la estudiada *adnominatio*. Podríamos pensar en mil contextos: «Mas es vuelo deleitoso, es vuelo suave: vuelo sin ruido». No creo que nadie hable así: espontáneamente, quiero decir, y en toda ocasión.

Retornando ahora al empleo lexical, es de una individualidad impresionante. Veamos de qué podría derivar.

Intentaremos cribar los vocablos en función de su recurrencia. Constante *sígnica* = popularidad. Entre «transparencia» y «nitidez» escogeremos obviamente, bajo este criterio, el primero de los términos.

Vayamos a un ejemplo famoso: el agua extraída con esfuerzo, o fácilmente, sin ninguna fatiga. Examinemos el vocabulario de elección.

Paréceme a mí que se puede regar de cuatro maneras:

o con sacar agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo;

o con noria y arcaduces, que se saca con un torno; yo lo he sacado algunas veces: es a menos trabajo que éstoto y sácase más agua;

o de un río o arroyo: esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua y no se ha menester regar tan a menudo y es a menos trabajo mucho del hortelano;

o con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho (XI, 7).

Notamos la insistencia en los mismos vocablos: a más de los instrumentos reales, nombrados sin ambages como le corresponde al caso en cuestión (una tarea manual, puntualmente reproducida), las palabras clave serán aquí: regar, trabajo, sacar, y entre los sustantivos los nombres primordialmente franciscanos del «agua», el río, etc. Veremos cómo en el referente comparativo, o sea los cuatro modos de oración, no cambia para nada la serie terminológica escogida. Hasta la progresión cualitativa es consignada a idénticas manifestaciones adverbiales: el «magis», lo incomparablemente «mayor» o máximo. Se intensifican los términos, en vez de reemplazarse por otros más selectos, algo que haga entender lo inexpresable del concepto.

Esto nos lleva a la siguiente consideración: si el término más elevado necesita de un intermedio inferior, el último será declarado fielmente, sin complicar con ulteriores perifrasis o adornos. Es en definitiva una ley básica de realización poética, la misma que el Alighieri declaró en múltiples ocasiones, y aquí en forma contundente:

[...] però che grande vergogna sarebbe a colui che rimasse cose sotto vèsta di figura o di colore rettorico, e poscia, domandato, non sapesse denudare le sue parole da cotale vèsta, in guisa che avessero verace intendimento (*Vita Nuova*, XXV).

El parangón o la alegoría, quiere decir Dante, deben tener vida autónoma: ambos sentidos separables, y el material expresado de tal forma que aun teniendo una exposición propia, sin añadidos semánticos, conserve su integridad receptiva. Quien adorna o escoge mal su trámite metafórico, en vez de aclarar el concepto le quita poder de transferencia, lo sustrae a toda relación mediática. Teresa no solo guarda el precepto de la inmediatez expresiva, sino que logra traspasarlo al objeto de la inducción estilística, respetando en su

metamorfosis lo que se impone por linealidad. Cuando el referente primario será expuesto fielmente, o sea con arreglo a la primitiva identidad, la autora no necesitará cambiar nada: retornan los términos de antes en una aplicación contextualmente aberrante, como la que sigue:

De los que comienzan a tener oración podemos decir son los que sacan el agua del pozo, que es muy a su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que, como están acostumbrados a andar derramados, es harto trabajo (XI, 9).

Etcétera. Sintaxis aparte —de la que nos ocuparemos más adelante—, es difícil no ver que la escritora ha logrado solucionar, por el trámite de la comparación instaurada, el problema impuesto por una buena aproximación temática: bajar el tono a medida que se complica la materia. En otras palabras, la habilidad no consiste tanto en acomodar el lenguaje a la naturaleza del tema, sino en invertir las proporciones de adaptabilidad: cuanto más elevada la semántica, menos sofisticado será el medio. Es de aquí de donde proviene la famosa «asequibilidad» teresiana en materias de altísimo rendimiento conceptual; y también la pretensión de que la Santa hable como escriba, no se esfuerce para nada en adaptar al objeto su expresividad. El cotejo con unos versos del *Paraíso* dantesco valdría a aclarar el concepto en cuestión: mientras que Dante logra imponer a la lengua el esfuerzo de transmitir pensamientos inusitados —y esto con rimas preciosísimas, palabras raras o completamente inventadas, hápax de increíble elaboración—, volviéndola más refinada a consecuencia involuntaria de la adecuación, Teresa efectúa un esfuerzo contrario: domesticar la nueva temática con un proceso de asimilación verbal. Es la materia la que debe adaptarse: entrar en las mallas rígidas de un medio previamente confeccionado, no extensible, fijo. Se asiste así a operaciones como la siguiente, trasbordo de una masa oceánica a un espacio comparativamente irrisorio:

Acaece venir este levantamiento de espíritu o juntamiento con el amor celestial: que, a mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta misma unión. A quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle ha que no; y a mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera; y en el crecimiento del desasir de las criaturas, más mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno o lo parezca; mas un fuego pequeño también es fuego como un grande, ya se ve la diferencia que hay de lo uno a lo otro: en un fuego pequeño, primero que un hierro pequeño e hace ascua, pasa mucho espacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su ser, al parecer. Así me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor, y sé que quien hubiere llegado a arrobamientos lo entenderá bien. Si no lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar en una cosa tal y dar a entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con que lo comenzar, no es mucho que desatine (XVIII, 7).

Interesantísimo el poliptoton, reiteradamente usado con la misma función:

El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende; al menos no puede comprender nada de lo que entiende. A mí no me parece que entiende, porque —como digo— no se entiende. ¡Yo no acabo de entender esto! (XVIII, 14).

La autora no se inventa nada aquí —hablando en términos lingüísticos—: no busca palabras «raras» apuntando a lo inexpresable; no intenta siquiera colmar la brecha con adquisiciones recientes; procura solo ocupar todo el espacio disponible, extendiendo la pierna, como suele decirse, hasta donde alcance la manta. Pero de esta manera hay que recortar muy bien el área escogida. Los recursos son variados, y el poliptoton, entre ellos, ayuda a multiplicar indefinidamente el potencial de funcionalidad anejo a los elementos: es como una deformación por espejos múltiples, que proyectan distintas imágenes aun restando uno el sujeto.

Veamos en otro ejemplo parecido si, por ventura, tiende a crecer el caudal de los términos empleados:

Verdad es que a los principios pasa en tan breve tiempo —al menos a mí así me acaecía— que en estas señales exteriores ni en la falta de los sentidos no se da tanto a entender cuando pasa con brevedad. Mas bien se entiende en la sobra de las mercedes que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que a mi parecer por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve: cuando estuviese media hora, es muy mucho; yo nunca, a mi parecer, estuve tanto. Verdad es que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente; mas digo que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias tornan presto a importunar. Como la voluntad está queda, tórnalas a suspender y están otro poco y tornan a vivir. En esto se puede pasar algunas horas de oración y se pasan. Porque, comenzadas las dos potencias a emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan a perder de sí para estar muy más ganadas, y acompañan a la voluntad y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo y sin ninguna imaginación en nada —que a mi entender también se pierde del todo—, digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí que no pueden estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco a cogerlas Dios consigo (XVIII, 12-13).

En este dispositivo tan elemental las figuras se instalan de pronto: la «claridad del sol, que así la ha derretido»; las potencias empiezan «a emborrachar y gustar de ese vino divino»; «y se gozan todas tres». La metáfora aparece desarrollada con coherencia extrema: «La voluntad es la que mantiene la tela»: cohesión y suspensión (o derretimiento) llevan sus equivalentes o, mejor dicho, soportes verbales en términos de una mecánica embrionaria, que consiente la transferencia en cuanto opera una coexistencia endógena. Así es muy natural que el desliz semántico supuesto por la metáfora ceda a la franca alternancia de una comparación no solo directa, sino súbita: el ánimo tan pronto se convierte en «mariposilla» como en ave, con una agilidad imposible de obtener sin preparación. En este contexto construido con pocas palabras, pero grávidas de mil significados, la modalidad trópica se instaure principalmente gracias a la afinidad; aliteraciones, paronomasia y, como ya hemos visto, poliptoton en primer plano. El arsenal no se agota nunca por el minucioso bordado en cada pieza; mas también por una vestibilidad universal.

Podría preguntarse ahora si con un mecanismo de este tipo la temática gana en preciosidad receptiva; si, independientemente de la carencia léxica continuamente acusada, el material que se quiere transmitir evoluciona en función del esfuerzo lingüístico, y en qué medida. La cuestión no presenta una solución fácil, dada la simbiosis obtenida como respuesta autorial al problema amplio suscitado por la interacción de estos términos. Una manera de proceder en tal sentido podría ser tal vez la de considerar el mismo contexto en sus variantes voluntarias e involuntarias, buscando porcentajes de representatividad a lo largo del tiempo, pero en la doble dirección señalada.

Retornando al tema que nos ocupa, queda por determinar la elección léxica concierne a lugares más abstractos, con fuerte connotación racionadora. Veamos por ejemplo el siguiente:

Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante —a mi parecer sin considerarlo, sino de presto— esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira (*Moradas*, X, 7).

¿Qué es de notar aquí? La parquedad de los términos, en cruce de silogística estrategia. Como el final debe retomar victoriosamente una premisa planeada con mucho cuidado, la evolución interna seguirá una línea de perfecta consecuencialidad: la humildad es tan importante porque Dios es suma verdad, y nuestra verdad es la de ser nada, por cuyo reconocimiento alcanzamos la verdadera esencia divina. Se puede ver aquí qué sentido tendría o cómo podría ayudar la alteración de vocablos con una funcionalidad estrictamente consignada a su constancia.

Examinaremos ahora en paralelo el empleo de la sintaxis teresiana.

#### IV. ¿Hipotaxis o para-?

En el aprovechamiento que vieren en sí entenderán que no es demonio; que, aunque tornen a caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto, y éstas que ahora diré:

- Cuando es espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión, porque el mismo Señor la da de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas [...];
- Pone un gran deseo de ir adelante en la oración y de no la dejar por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder;
- A todo se ofrece;
- Una seguridad, con humildad y temor, de que ha de salvarse;
- Echa luego el temor servil del alma y pónale el fiel temor mucho más crecido;
- Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interés suyo;
- Desea ratos de soledad para gozar más de aquel bien» (*Vida* XV, 14).

Esta costumbre de la enumeración, muy propia de la prosa científica, se alinea y corresponde con el desmenuzamiento progresivo de fenómenos, ideas, y naturalmente pro-

cesos. Es el método analítico de tipo cartesiano, hecho a propósito para reducir las dificultades macizas a un conjunto de aspectos menores fácilmente abordables; sirve para la identificación progresiva, descendente y escalonada, siempre por olas de igual tamaño. Veamos un ejemplo entre los que abundan en todas las obras teresianas:

Esto no era manera de visión; creo lo llaman mística teología. Suspende el alma de suerte, que toda parecía estar fuera de sí: ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre, a mi parecer, mas no se pierde; mas, como digo, no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende [...] (X,1).

Varios aspectos en enfoque sucesivo; todos de igual valor, estructuralmente autónomos, reincorporados al organismo primario mediante el mismo truco de acotación sumaria: ese cierre que recapitulaba los términos seriales, compuesto de un morfema único, ahora funciona a las mil maravillas como broche sintáctico autoimpuesto: «En fin, por no me cansar, es un principio de todos los bienes», termina por concluir el fragmento declarado *supra* (XV, 15).

Un *modus operandi* perfectamente reflejado por el medio lingüístico; recorrido en cámara lenta, con equivalencias oracionales de gran evidencia: parataxis proclamada. Más que obedecer a tendencias espontáneas, a un código exento de preocupaciones, este estilo simplemente posibilita la introspección inquisitiva teresiana; no inserta en un bloque, sino que amplía por etapas. Confrontémoslo con el siguiente fragmento granadino:

Y asimesmo entienda que este misterio ha de ser creído y adorado, y no escudriñado, considerando en esto, por una parte, la majestad de aquella altísima substancia, que es inefable y incomprensible; y por otra, la cortedad y bajeza de su entendimiento, el cual, para entender la alteza de las cosa divinas, es —según dicen los filósofos— como los ojos de la lechuza para ver la claridad del sol (*G.de Pec.* I.1.III).

Se nota la convergencia en el vértice de las subordinadas conceptuales; la mirada del revisor que contempla, desde lo alto, todas las especificaciones no solo inclusas, sino cerebralmente acomodadas bajo un criterio de ordenación jerárquica. La diferencia con Teresa estriba en esto: que mientras sus especificidades se recomponen solas en una conclusión aglutinante, las otras están previstas desde el comienzo por una suerte de contenedor universal, factor primo de consecuencialidad operante. Es como decir que mientras Granada ordena en línea recta —deduce silogizando—, Teresa lo recoge todo al fondo, se instaure observando. En estas condiciones es muy fácil que lo escrito vaya bien, aun sin haberlo releído:

Ya tenía olvidado lo que trataba [...]; y, como tengo poca memoria, irá todo desconcertado, por no poder tornarlo a leer, y aun quizás es todo desconcierto lo que digo (*Mor.* II, 4, 1).

Verdad es que no podía retocar; dudoso el que no saliera bien, cuando pudo observar en una ocasión: «¡Qué bien dicho está esto en el libro de la Vida que está en la Inquisición! (Gracián 149-50). También es cierto que, en un par de ocasiones, se le perdiera la princi-

pal a S. Teresa; y parece más una coquetería deliberada que un vicio sin control. Porque generalmente todo está tan vigilado y en orden como en la siguiente muestra:

Pues para lo que he tanto contado esto es, come ya he dicho, para que se vea la misericordia de Dios y mi ingratitude; lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone a tener oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester; y cómo si en ella persevera, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación, como —a lo que ahora me parece— me ha sacado a mí. Plega a Su Majestad no me torne yo a perder.

Simetrías («Para lo que he tanto contado esto...; lo otro...»), variaciones atentas («para que se entienda el gran bien... y cómo...»), incisos varios y hasta, increíblemente, las repeticiones bien calculadas contribuyen a un efecto de gran rigor estilístico. Nótese entre otras cosas las prolepsis, bien efectuadas; si es que hay anacolutos en la prosa teresiana, ciertamente se minimizan en relación con estas anticipaciones oratorias, sí, pero no coloquiales. Cuando Teresa convence, lo hace muy literariamente; es decir que nunca descuida el efecto rítmico en homenaje a la claridad argumental. Desde esta perspectiva se aprecian bien las variaciones observadas *supra*, una ausencia casi total de fallas repetitivas en los puntos de mayor impacto. Santa Teresa cree en la presentación. Su prosa no puede considerarse enteramente científica, ni estudiadamente literaria. Es poética en virtud de la precisión objetiva, es precisa gracias a la claridad poética.

## V. Epílogo

Hablábamos al principio de estructuras «divergentes» en el interior de la escritura teresiana, a la altura de sus distintas manifestaciones léxicas, sintácticas y trópicas. Pero solo a un primer impacto: ante un análisis detenido se ve que todo converge. La multiplicación de los lexemas, debida a figuras dominantes como el poliptoton, aumenta recortando cuidadosamente un área de alto rendimiento: posible prólogo al barroco, el espacio se condensa a medida que lo achicamos idealmente, en una experiencia de macroscopía analítica. El efecto estudiado de las enumeraciones, más la ampliación a ultranza de los factores sintácticos —todos en el mismo plano de sincronía coordinante—, contribuyen a la modalidad del análisis progresivo; mediante el empleo de otros elementos constructivistas, como los cierres euclidianos, se logra finalmente el remate lógico de la inducción. La impresión final es de una gran eficiencia, debida a la extraordinaria economía de medios.

Así como los módulos conclusivos reaparecen puntualmente en la literatura mística —ya vimos el caso del epistolario «piano»<sup>6</sup>; también el predominio del poliptoton/anominatio, entre otros casos, será regularmente imitado en este filón literario:

Io veggo che tutte sono spine che vado procurandogli e che gli ho procurate, e questo non sembrarmi un sembrarmi, la realtà rifugge in tutta la sua chiarezza, mi adopero ad uscire da questo sí luttuoso stato, ma mi trovo vinto, senza conoscerlo e senza volerlo, da quel male che pur non vorrei fare (P. Pio, 1973: 1064).

6.— Cfr. nota 3.

No es posible negar la contundencia personalísima, innovadora, cohesiva del estilo teresiano. Deberá concluirse que la santa de Ávila crea o renueva en términos modernos la sintaxis de la experiencia mística. Su dominio es legible solo en posesión de un código precipuo, tanto más eficaz cuanto menor la elasticidad transmitida. Se comprende con esto el afán teresiano de inventarse recursos topográficos, aventuras de exploración autónoma: para fabricarse un mapa una vez efectuado el recorrido.

Indispensable es ahora la tarea crítica de organizar los elementos sueltos —o sea las distintas coordenadas— en un corpus descifrado por completo, bajo todo criterio de estructuración lingüística.

## Bibliografía

### Ediciones

- ALIGHIERI, Dante, *Vita Nuova. Opere Minori*, I, Milano-Napoli, Ricciardi, 1984, pp. 1-247.  
 GRACIÁN, Jerónimo, *Escolias a la Vida de S. Teresa compuesta por el P. Ribera*, Roma, Instituto Histórico Teresiano, 1982.  
 GRANADA, Luis de, *Guía de Pecadores*, Barcelona, Planeta, 1986.  
 PIO DE PIETRELCINA, Santo, *Epistolario*, S. Giovanni Rotondo, ed. P. Pio da Pietrelcina, 1973<sup>2</sup>.  
 TERESA DE ÁVILA, Santa, *Obras Completas*, Burgos, Monte Carmelo, 2006.

### Obra crítica

- ARIÑO, Pilar, *Un estilo que rompe límites*, Madrid, Esín, 2000.  
 DI PATRE, P., «Conocimiento y experiencia en la dimensión mística. Rogelio Bacon y Teresa de Ávila», *Ciencia Tomista*, CXXXVI – 438 (2009), pp. 101-122.  
 FERNÁNDEZ DELGADO, J. J., «Santa Teresa y la tarea de escribir», en *Lengua y discurso*, Madrid, Visor Libros, 2015, pp. 81-102.  
 GARCÍA DE LA CONCHA, V., «Teresa de Jesús: la creación de un nuevo estilo literario», *El libro español: revista mensual del Instituto Nacional del Libro Español*, 293-4 (1982), pp. 202-205.  
 GARCÍA-MACHO, M. L., «¿Es vulgar la lengua de Santa Teresa?», en *La espiritualidad española del siglo XVI: aspectos literarios y lingüísticos*, Salamanca, I. U., 1997, pp. 193-198.  
 MANCHO DUQUE, M. J., «Claves de la escritura teresiana», *Salamanca: revista de estudios*, 59 (2014), pp. 103-122.  
 —, «Claves orales del lenguaje teresiano», en *Teresa de Jesús. V centenario de su nacimiento: historia, literatura y pensamiento. Actas del Congreso Internacional Teresiano*, Salamanca, U.P.S., 2015, pp. 211-221.  
 MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *La lengua de Cristóbal Colón, el estilo de Santa Teresa y otros estudios sobre el siglo XVI*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978.  
 OCTAVIO DE TOLEDO Y HUERTA, A. S., «Santa Teresa y la mano visible. Sobre las variantes sintácticas del Camino de Perfección», en *Así se van las lenguas variando. Nuevas tendencias en la investigación del cambio lingüístico en español*, Bern, Peter Lang, 2011, pp. 241-304.

- OROZCO DÍAZ, Emilio, *Expresión, comunicación y estilo en las obras de santa Teresa*. Granada: Diputación Provincial, 1987.
- PEÑAS IBÁÑEZ, M. A., «Semántica cognitiva y análisis del discurso de la prosa de Santa Teresa», *Revista de Investigación Lingüística*, I-2 (1999) pp. 59-84.
- SÁNCHEZ-CASTAÑER, F., «Santa Teresa de Jesús. Su estilo en la vida y en las obras», *Dicenda*, 7 (1988), pp. 153-62.
- TRILLIA, R., «A Case Study of Eloquence. Teresa of Avila's *Libro de la Vida*», *Lemir*, 20 (2016), pp. 153-65.
- VEGA GARCÍA-LUENGOS, G., «La dimensión literaria de Santa Teresa», *Revista de Espiritualidad*, 162-3 (1982), pp. 29-62.